

Democracia: ¿eso es todo?

RICHARD SWIFT

Hay una canción atormentada de los 50, que la voz ronca de Peggy Lee hizo famosa, llamada "¿Eso es todo?" Peggy canta sobre sus decepciones en el amor y en la vida, pero la melodía me viene a la mente en el campo improbable de la teoría política. Evoca la democracia, con todas las brillantes promesas que ofrece y que nunca parece tener capacidad suficiente para cumplir.

Hoy se supone que todos debemos estar gozando del florecimiento de la democracia. La guerra fría se terminó. Los políticos se eligen como es debido, desde Moscú (donde los comisarios del partido se han jubilado en sus *dachas*) hasta Montevideo (donde los generales han regresado a sus cuarteles). Es cierto que uno que otro dictador peligroso aún se aferra al poder en Bagdad o en Belgrado (incluso hay algunos nuevos en Pakistán y Costa de Marfil), pero el futuro ya está claramente escrito. Y por si no estuviera lo suficientemente claro, varios personajes políticos occidentales, como un Tony Blair muy satisfecho de sí mismo o un Bill Clinton muy afectado, echan un sermón a los países pobres sobre los derechos humanos y las conductas electorales adecuadas. Es más, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional están proponiendo castigar a aquellos países con historiales deficientes en temas como la "transparencia" y el "buen gobierno", una posición muy distinta de la que tenían en la época cuando la estabilidad política y del mercado eran los temas de moda, y ambas instituciones se hacían de la vista gorda ante los cadáveres en el Estadio Nacional de Santiago de Chile o los ríos de sangre en Indonesia.

Entonces ¿no deberíamos estar todos felices? Aun los pesimistas tendrían que admitir que es al menos un comienzo. Quizá, aunque depende de lo que uno piense qué sea realmente la democracia. Unas cuantas almas insatisfechas tienen la sensación persistente de que la democracia significa "gobierno del pueblo"; en otras palabras, la participación de la gente en las decisiones que la afectan directamente. Si éste es el criterio para que exista la democracia, estamos muy lejos de ella hoy en día.

Es más, el tipo de democracia que tenemos —un gobierno muy centralizado en el que todos estamos "representados" por una clase de políticos profesionales—está empezando a agrietarse. En los países europeos, el número de miembros de los partidos políticos se ha reducido a casi el 50 por ciento en los últimos 15 años. Helmut Kohl, el antiguo canciller alemán, es sólo el más prominente de muchos políticos que fueron descubiertos tratando de asegurar su propia sobrevivencia mediante la violación de leyes de financiamiento electoral.

El nivel de escepticismo popular en torno a la política y los políticos está en su punto más alto. Cada vez hay más países en los que la participación de los votantes disminuye; en algunos lugares, como Estados Unidos, ésta ha declinado a tal grado que menos de la mitad del electorado se molesta en votar, incluso en elecciones nacionales de alto perfil. Aun en los países del antiguo bloque soviético, el ardor de la liberación democrática está empezando a enfriarse, tomando su lugar la desilusión con la política rutinaria.

Mucha gente piensa que la suerte está echada y no tiene ya ningún sentido participar. El espectro político es cada vez más estrecho, particularmente en los sistemas en los que el

ganador se lleva todo (*winner take all*) y en los que no cuentan con ninguna representación proporcional. En Gran Bretaña, el Partido Laborista se parece mucho al Conservador; en Estados Unidos, los demócratas se parecen a los republicanos. La izquierda y la derecha sólo presentan variaciones de la misma agenda. Todos son hombres de traje con cortes de pelo y sonrisas perfectas que usan el mismo lenguaje optimista para darnos las mismas malas noticias: ellos ganan, usted pierde.

La centralización del poder político es otro síntoma del malestar. Los grandes partidos políticos están cada vez más alejados de los votantes. Los miembros de los partidos observan cómo los candidatos que apoyaron ignoran consistentemente las resoluciones políticas que se tomaron en las asambleas del partido, una vez electos. Las bases del partido y los diputados sin cargo en el gabinete del gobierno o en la oposición tienen menos control sobre el gabinete en la sombra del partido opositor; el gabinete, a su vez, tiene menos control sobre la oficina del presidente o del primer ministro. El grito que se usa para ahogar el sonido de las promesas rompiéndose y de los compromisos abandonados es "¡No me amarren de manos!"

Una centralización paralela ocurre entre niveles de gobierno, cuando ciudades y regiones (entidades más cercanas a la mayoría de la gente que los Estados nacionales remotos) están bajo el control de políticos nacionales. Por si fuera poco, aun los Estados-nación están ahora sujetos a presiones por parte de instituciones protegidas de la opinión popular, como el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial de Comercio.

Seguramente la democracia debería ser algo más que esto. Empero, desde sus primeros días, los teóricos de la democracia tenían sentimientos muy ambivalentes sobre la noción del "gobierno del pueblo". Los sueños luminosos de todos los pensadores como Locke, Mill e incluso Rousseau estaban limitados por el temor al gobierno de la masa y a la abolición de la propiedad. Como Ireton, la mano derecha de Cromwell, le dijo a los insolentes *levellers* en la tormentosa época de la Revolución inglesa, "si se ha de preservar la propiedad, no se puede otorgar la libertad en un sentido amplio". Así pues, se alejaron del precipicio y afirmaron que sólo los hombres que tenían cierta cantidad de propiedad podían votar. Además, esos votos serían para elegir "representantes" que gobernarían en su lugar y que retendrían tanta independencia como fuera necesaria para mantener la estabilidad política y el orden. Esto era una concesión de tipo negativo: una libertad del gobierno arbitrario en vez de una libertad para gobernarse a sí mismos. La ciencia política moderna ha heredado esta falta de confianza en las personas y en sus capacidades para participar en su propio autogobierno. La mayoría de los politólogos hacen énfasis en cuestiones de administración política y en sistemas de gobierno de elite efectivos. La participación (salvo aquella que es pasiva, durante las elecciones) no se debe fomentar. Como lo dice la conclusión famosa del economista político Joseph Schumpeter: "los electores deben entender que una vez que hayan elegido a un individuo, la acción política es asunto de él, no de ellos. Esto significa que deben abstenerse de darle instrucciones sobre lo que debe hacer". Esta tesis básica subyace en gran parte del pensamiento común sobre el gobierno. En años recientes, la ciencia política ortodoxa empezó a preocuparse por "la gobernabilidad de la democracia (el concepto proviene de Samuel Huntington, intelectual de la Comisión Trilateral)", dado que está "sobrecargada" con demandas populares de seguridad económica y participación política poco realistas.

No obstante, en un sentido tenían razón los teóricos clásicos, al basar su noción de democracia en el acceso al poder económico y al tener la esperanza de lograr una "república de pequeños propietarios": no se puede separar el poder económico del poder

político. En una economía dominada por las corporaciones, parece broma hablar de los "ciudadanos libres e iguales".

Nadie cree que el director ejecutivo de la compañía tabaquera Phillip Morris, que inyecta millones de dólares a los partidos políticos norteamericanos es "libre e igual" a una madre afroestadounidense que vive de la asistencia social en los barrios bajos de Richmond, Virginia. Es imposible tener un gobierno verdaderamente democrático si no se tiene una sociedad democrática, y nuestra sociedad dominada por las corporaciones es, en realidad, una forma de dictadura económica.

La sensación de no tener voz, de dejar que alguien más decida y de estar "manejados" forma parte de la experiencia de trabajo de la mayoría de la gente. Es difícil imaginar una democracia verdadera si la dictadura del trabajo domina nuestras vidas cotidianas. El poder económico le da forma al poder político. La extensión final del voto a los trabajadores y a las mujeres, después de generaciones de la siguiente manera: "si la democracia significa tener derecho a hablar y ser escuchado, como voz de persona y no sólo como un número, entonces soy demócrata. Pero si la democracia significa tener la libertad de escoger entre Coca-Cola y Pepsi, Levis y Nike, BBC y CNN, o McDonald's y Pizza Hut, entonces... no me interesa ser demócrata". La democracia depende de la noción de ciudadanía y de involucramiento activo: precisamente aquello que les parece desordenado y amenazante a la clase política y a los periodistas, los estrategas electorales y los administradores de opinión que la sostienen.

Por supuesto, una democracia perfecta probablemente no es posible. En cierto sentido, la democracia es un horizonte constante que debemos empeñarnos en alcanzar. Siempre se formarán concentraciones de poder no democráticas, y siempre será necesario disolverlas. Se deberá hacer frente a los grupos elitistas. Los imperios del servicio civil deberán reconstruirse. Hoy en día, la economía ejerce una presión constante que se utiliza para "disciplinar" a la democracia de manera "realista", para mantener a algunos en la pobreza y a otros en mansiones con BMW y dinero invertido en la bolsa. Aun si el elemento esencial de la democracia se incluye dentro de la economía, la acumulación del privilegio seguirá siendo un factor irritante que va en contra de la democracia. Si reemplazamos nuestra democracia pasiva y consumista con una ciudadanía revitalizada, tendremos una plataforma sobre la cual podremos luchar por la justicia y por la igualdad de derechos, en contra de los tecnócratas de visión estrecha y los globalizadores del mercado.

Quizá la democracia siempre será un asunto inacabado. Sin embargo, es nuestro asunto y debemos recuperarlo.

Reproducimos aquí el artículo introductorio de la revista *The New Internationalist*, núm. 324, de junio de 2000, escrito por el editor de este número y dedicado específicamente a la democracia. Este material se reproduce en *Este País* con el permiso de *The New Internationalist*.

Traducción: Adriana Alcántara.